



“Sacrificados, sacrificadores y sacrificantes”

p. 371-398

Xochimiquitzli, *la muerte florida*

El sacrificio humano entre los mexicas

Patrick Johansson Keraudren

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

560 p.

Códices, grabados, fotografías, láminas

(Cultura Náhuatl. Monografías 38)

ISBN 978-607-30-5619-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/781a/xochimiquitzli.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SACRIFICADOS, SACRIFICADORES Y SACRIFICANTES

Si el sacrificio humano se inscribía en contextos religiosos, políticos y económicos que determinaban muchos de sus aspectos, era relevante en particular para tres categorías de personas. Los que eran *sacrificados*, las víctimas; los que efectuaban materialmente los sacrificios, los *sacrificadores*, y los que ofrendaban y se beneficiaban de las oblações humanas, los *sacrificantes*.

LOS SACRIFICADOS

Los sacrificados, las víctimas,¹ eran el *objeto* por sacralizar mediante la muerte. Su nombre, las virtudes de su *tonalli* (alma/destino), su fecha de nacimiento, una señal particular en su cuerpo, una enfermedad específica, características distintas de sexo, edad, estatus social, aspecto físico, profesión, origen geográfico o captura en un contexto bélico podían hacer de una persona el representante idóneo de la colectividad para una ofrenda sacrificial.

Ixiptla, la “imagen” de los dioses

Según las circunstancias festivas, los númenes a los que representaban y el guion del ritual, las *teteoh iixiptlahuan* (imágenes de los dioses) tenían características específicas de sexo, edad, estatus social, aspecto físico, etcétera, que correspondían a la divinidad o al contexto espacio-

¹ La palabra “víctima” puede ser inadecuada en un contexto cultural prehispánico porque connota la idea de “lástima”. Remite, sin embargo, al latín *victus*, “vencido”, lo que la reubica en relación con el sacrificio. En Roma, *victima* remitía a ofrendas de gran tamaño, como un toro, mientras que las de menor tamaño, como pájaros, se denominaban *ostia*.

temporal de la oblación. Encarnaban a la divinidad en el sentido teatral de la palabra, mediante la atribución de su nombre, sus predicados formales, cromáticos e indumentarios, pero también en un sentido ontológico, pues se “co(n)-fundían” con el numen y eran reverenciados como tal. La transustanciación se hacía patente en el consumo de su cuerpo, *teocualo* (el dios es comido), que sucedía al sacrificio.

Cautivos

Los enemigos capturados en las batallas (figura 12.1) y destinados al sacrificio hacían su entrada a Mexico burlándose de la muerte que les esperaba, probablemente para frustrar a los vencedores de una parte de su victoria, pero sin duda para asumir con plenitud el destino glorioso que les conferiría una muerte sacrificial. Su valentía proveía además la energía anímica necesaria para que el sol siguiera andando: “otro género de cautivos, que eran los presos en las guerras, los cuales no servían de otra cosa, sino de holocaustos de aquel indio que había representado al ídolo cuya fiesta celebraban, y así llamaban a éstos ‘la dulce comida de los dioses’”.² Estos prisioneros no podían representar a los dioses mexicas y se mataban grandes cantidades de ellos para que la energía se acumulara y se opusiera a la inexorable entropía del espacio-tiempo.

Tlacotli, esclavos

La mayoría de los esclavos destinados al sacrificio eran habidos en guerras o formaban parte del tributo que ciertos pueblos entregaban periódicamente a los pueblos de la Triple Alianza. Sin embargo, dentro de la urbe mexicana, hombres y mujeres libres podían volverse esclavos (*tlacotli*) por varias razones. Había mercados especializados, como el de Azcapotzalco e Itzacan, en los que se compraban (figura 12.2). Representaban a los dioses en fiestas determinadas cuando sus características físicas lo permitían:

² Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Porrúa, 1967, v. I, p. 181.



Figura 12.1. Tlazoltéotl entrega una víctima a Mictecacíhuatl.
Códice Laud, lám. 29



Figura 12.2. Esclavos en el mercado. *Códice Durán*, t. I, lám. 28

Había muchas maneras de hacer esclavos por la ley de las repúblicas de estos indios [...]. Primeramente, el que hurtaba la cantidad de mantas, o de mazorcas, joyas, o gallinas que por la república y leyes de ella estaba determinado y tasado, la pena era venderlo por aquella cantidad, para restituir a su dueño lo hurtado. Y hase de entender que el vender a éstos y hacerlos esclavos era como sentenciarlos a muerte, porque era cosa notoria que, a la segunda venta, había de parar en ser sacrificado, si no se libertaba antes por las leyes que había de poderse libertar. Aunque los ladrones pocas veces se libertaban, ni los que cometían delitos atroces.

El segundo modo de volverse los indios esclavos era que el que jugaba todo cuanto tenía a los dados, o a cualquier juego de los que ellos jugaban y después de haber perdido, si jugaba sobre su palabra y pensando desquitarse, y le ganaban y no pagaba dentro del plazo señalado por las leyes, le mandaban vender por la cantidad. Estos se podían libertar dando después el precio en que fue vendido.

La tercera manera [era] que, si un padre de familia tenía muchos hijos e hijas, y entre ellos había alguno, o alguna, que fuesen incorregibles, desobedientes, desvergonzados, disolutos y que no le aprovechaban consejos ni amonestaciones, tenían por permisión de la ley, que, con licencia de los jueces y justicias, le pudiese vender en público mercado, para ejemplo y castigo de los malos hijos. Donde, después de una vez vendido, por aquel caso, no lo podían tornar a rescatar.

La cuarta causa para hacer esclavos era que, si uno pedía prestadas algunas cosas de precio, como eran mantas, joyas, plumas, y no las volvía al tiempo señalado, podían los acreedores, por ley de la república, venderle por la cantidad. Pero si antes [que] hubiese segunda venta, se podía libertar dando la cantidad, quedaba libre y, si no y pasaba a segunda venta, no había remedio.

La quinta manera de hacer esclavos era que el que vendía a su hijo por las causas dichas, hacía un banquete a toda su parentela del precio del hijo. Estaba obligado a avisar a sus criados que no comiesen de aquella comida, porque era el precio de su hijo. Si, con todo eso, alguno, criado, o criados, la comían y eran convencidos de que la comieron, quedaban por esclavos de tal hombre. Porque era la ley que solos el padre y madre y hermanos y parientes cercanos participasen del tal banquete.

Si uno mataba a otro y el muerto tenía mujer e hijos, aunque las leyes disponían que por aquel delito muriese, si la mujer del muerto le perdonaba, se lo daban por esclavo, para que la sirviese a ella y a sus hijos.

En tiempo de hambre se concertaban el marido y la mujer, para suplir su necesidad y redimir su vejación. Se podían vender el uno al otro, y así, se vendían el marido a la mujer y la mujer al marido, o vendían uno de sus hijos, si tenían de cuatro o cinco para arriba. Estos después podían rescatar, volviendo lo que costaron a los que los compraron.³

Los esclavos comprados para ofrendas individuales eran tratados con esmero. En la fiesta Huauhquiltamalqualiztli, dedicada al dios del fuego Ixcozauhqui, por ejemplo, se alimentaba, lavaba y regocijaba al esclavo:

Aquellos que por su devoción tenían comprados esclavos para matar y engordados como puercos para comer [...] cada día bañaban con agua caliente a estos esclavos. Este regalo, y otros muchos les hacían porque engordasen; hasta el día que habían de morir dábanlos de comer delicadamente y regaladamente, y acompañaba cada dueño del esclavo a una moza pública a su esclavo, para que le alegrase y retozase y le regalase, y no le consintiese estar triste, porque así engordase; y cuando aquel esclavo iba a morir daba todos sus vestidos a aquella moza que le había acompañado todos los días antes.⁴

Tezcatlipoca, en su advocación como Tlachahuepan, era el dios que amparaba a los esclavos. Si un esclavo, en el recinto sagrado que constituía el mercado, se escapaba y lograba tocar un excremento (*cuitlatl*), quedaba libre, *xoxouhqui*, literalmente “verde”. Esta particularidad parece oponerse en términos dialécticos al baño (*tealtiliztli*) que confería al esclavo su sacralidad. Su dueño, es decir, el sacrificante, era de hecho llamado *tealtiani* (el bañador), porque el esclavo era bañado y aprestado para el sacrificio (*tealtilli*).

Nobles

No sólo los esclavos y cautivos eran sacrificados a los dioses. Cuando lo pedían las circunstancias, también se inmolaban víctimas que perte-

³ *Ibid.*, p. 182-183.

⁴ *Códice florentino*, facsimilar elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, México, Giunte Barbera, 1979, lib. II, cap. 38.

nećian a la clase más elevada de la sociedad náhuatl. En la inundación que provocó la desviación de las aguas de Acuecuexco hacia Mexico, en tiempos de Ahuítzotl, por ejemplo, se sacrificaron niños de la nobleza para calmar la ira de la diosa Chalchiuhtlicue:

Y en comenzando a tocar las bocinas los sacerdotes, se arrojaron en el agua los buzos todos juntos, y acabados de entrar comenzaron luego a tomar aquellos hijos de principales llamados *tlacateuctli*, y abriéndoles los pechos con los navajones les sacaron los corazones y los arrojaron dentro del agua y salpicaron toda el agua con la sangre de los inocentes muchachos.⁵

Yolotl González Torres señala que durante la fiesta de Xochilhuítl se sacrificaban en honor a Xochiquétzal dos jóvenes de la línea de Tezcacoácatl, uno de los portadores del dios Huitzilopochtli durante la peregrinación azteca.⁶

Niños

El origen histórico del sacrificio de infantes se pierde en la noche de los tiempos. El modelo ejemplar pudo ser el niño-papel (*tlacatetehuítl*) que Huémac ofreció a los dioses de agua para conjurar la sequía que él mismo había provocado al despreñar los alimentos que le ofrecían los *tlaloqueh* como premio por su victoria en el partido de pelota que habían disputado en Tollan.

Auh yn oncan çincoc oncan qui-
micti ytlacateteuh yn vemac yc
moxtlauh. Ytoça catça çe coatl.⁷

Y allá, en Cincoc allá Huémac
mató a su niño-papel-ofrenda. Así
se pagó [la deuda de sangre]. Su
nombre era Uno-serpiente.

Según su edad, los niños eran inmolados en ceremonias distintas. Los muy pequeños, que no se habían desprendido todavía del pecho de

⁵ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, México, Porrúa, 1980, p. 566.

⁶ Yolot González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 197.

⁷ *Anales de Cuauhtitlan*, en Walter Lehmann y Gerd Kutscher, *Die Geschichte der Königreiche von Culhuacan und Mexico*, Berlín, Verlag W. Kohlhammer, 1979, p. 105.

su madre y que por lo tanto seguían vinculados de manera umbilical a la madre tierra, se ofrecían a los dioses del agua. Los que tenían un doble remolino en el cabello era muy apreciados por los dioses: “para esta fiesta buscaban muchos niños de teta, comprándolos a sus madres; escogían aquellos que tenían dos remolinos en la cabeza y que hubiesen nacido en buen signo: decían que éstos eran más agradable sacrificio a estos dioses, para que diesen agua en su tiempo”.⁸ Como lo muestra una imagen del *Códice Vaticano A* (figura 12.3), los niños de teta que morían iban a un lugar llamado Chichihualcuauhco, “el árbol de las tetas”, cuya savia libaban. Tezcatlipoca imperaba en este espacio-tiempo del inframundo.

Por lo general, rumbo al lugar del sacrificio, pellizcaban a los niños para que lloraran y produjeran materialmente el líquido anhelado. Mediante una analogía de carácter mágico-simpatético, esto debía de inducir la producción de agua. Después del sacrificio en los montes o en el remolino de Pantitlan, “los cocían, los comían”, en una verdadera comunión con lo sagrado.

En la fiesta Huey Tozoztli, una niña representaba la laguna, manantiales y arroyos, es decir, el agua:

Sacaban esta niña en hombros, metida en aquel pabellón, toda vestida de azul, que representaba la laguna grande y todas las demás fuentes y arroyos; puesta una guirnalda en la cabeza, de cuero colorado y, al remate, una lazada con una borla azul de plumas. La cual niña metían en aquel pabellón en aquel bosque y sentábanla debajo de aquel gran árbol, vuelta la cara hacia donde el ídolo estaba, y luego traían un atambor y sentados todos sin bailar, teniendo la niña delante, le cantaban muchos y diversos cantares.⁹

En la fiesta Miccaihuitontli (Fiesta de los Muertos Pequeños), sacrificaban niños:

Esta fiesta se llama *micha ylhuitl* [sic] que quiere decir fiesta de muertos por que en ella se celebraba la fiesta de los niños muertos. Y bailaban con gran tristeza. Y sacrificaban niños. El demonio que en ella se festejaba era titlacauan que quiere decir de quien somos esclavos. Es el mismo que *tezca*

⁸ *Códice florentino*, lib. II, cap. 20.

⁹ Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, p. 88.

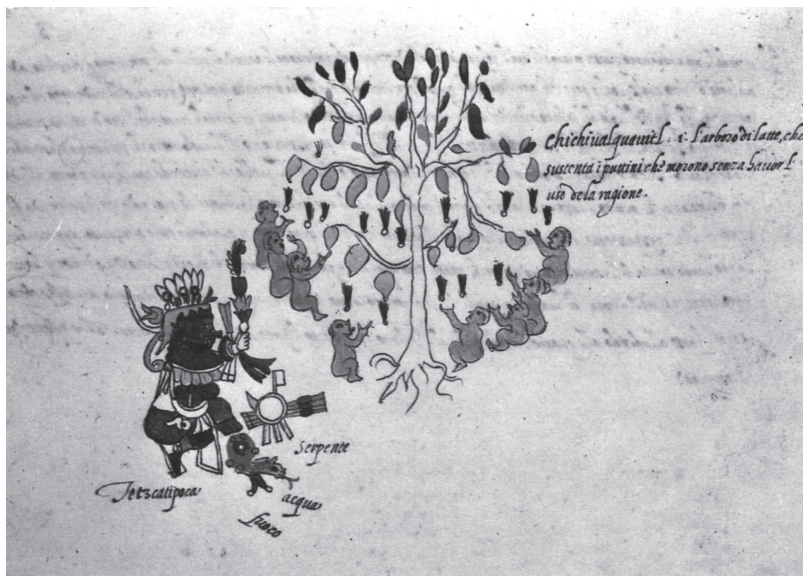


Figura 12.3. *Chichihualcuauhco*. *Códice Vaticano Ríos*, f. IV.

ti pocatl que quiere decir espejo humeador sino que lo pintan de diversos colores según le dan diversos nombres. Otros llaman esta fiesta *moxuchimaco* porque en ella rodeaban de guirnaldas de rosas al demonio, a este *tezca tepocatl*. Son dedicados los teucuales que ellos llaman *tlacuch cal catl* y *Vuicinavatl*, la *v* vocal que quiere decir ya viene su adivino. Y en reverencia de esto, tomaban estos nombres los principales indios.¹⁰

Ancianos

Verdaderos soles ponientes, los ancianos se sacrificaban poco, cuando se requería representar el papel del dios o la diosa dentro del ritual. Era el caso de la fiesta *Quechollí*, durante la cual se honraba a un anciano que representaba al dios de la cacería, *Mixcóatl*:

Ochenta días antes de que se llegase el día de la fiesta elegían uno de los sacerdotes de aquel templo, muy antiguo y ya de días, el cual él mismo se

¹⁰ *Códice magliabechiano*, ed. facsimilar, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1970, f. 37.

ofrecía a ello, y desde aquel mismo día comenzaba un ayuno a pan y agua y una sola vez al día. El cual, cumplidos los ochenta días, quedaba tan flaco y debilitado y macilento que apenas se podía tener en los pies ni echar el habla.¹¹

Como vimos, en el mes Títitl mataban a una anciana que representaba a Ilamatecuhtli (la señora anciana), un avatar de la diosa-madre. González Torres dice respecto a los viejos:

A los ancianos se les sacrificaba poquíssimas veces, lo cual es lógico si consideramos que su mana debía de haber estado muy débil para ser objeto de ofrenda [...]. Los tlaxcaltecas, antes de su alianza con Cortés, cuando todavía le atribuían un carácter divino, le ofrecieron algunas mujeres viejas para que las matase y las comiese. Los tarascos, en sus escaramuzas previas a la coronación del soberano, sacrificaban de inmediato a los heridos, a los niños y a los ancianos capturados.¹²

Ahuianime o maqui: *las alegradoras*

Las mujeres cuya profesión era procurar la alegría, dar ánimo en el sentido más profundo de la palabra, y que los frailes calificaron erróneamente como prostitutas, eran sacrificadas para bien de su gremio o por la particularidad de su profesión. Antes de morir hacían ademanes lúbricos y proferían insultos los cuales tenían un valor de acción mítico-ritual en el contexto específico de su muerte:

Se ofrecían al sacrificio en traje conocido para que fuesen como las cuales llaman *maqui*, que estas iban a las guerras con la soldadesca y a morir, o se metían a donde fuesen sacrificadas y muertas, con cuchillo de crueldad [...] eran muy deshonestas y degeneradas y satíricas, que cuando iban a morir iban, maldiciendo a sí mismas y tratando de deshonestidades.¹³

¹¹ Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, p. 74.

¹² González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, p. 256.

¹³ *Calendario de Francisco de Navas y Antonio Guevara*, en José F. Ramírez, *Miscelánea de opúsculos históricos*, México, Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional del Museo de Antropología, s/f, p. 174.

Es probable que las llamadas “deshonestidades” verbales y gestuales, además de ser atributos identitarios de las mujeres que se inmolvaban, fueran alusiones eróticas con una función determinante en este contexto, pues conferían a la muerte sacrificial un carácter vital.

Mujeres embarazadas

Como vimos, en el mundo náhuatl precolombino las mujeres preñadas eran consideradas guerreras que libraban un combate contra la muerte. Si salían vencedoras, daban a luz y se decía que habían “cautivado un prisionero”. Si morían en su primer parto, como guerreras que eran, su destino *post mortem* era acompañar al sol en su recorrido del cenit al poniente. Se convertían asimismo en diosas: las temibles *mo-cihuaquetzque*, *cihuateteuh* o *cihuapipiltin* que aparecían de noche en las encrucijadas.

Las fuentes no mencionan explícitamente que se sacrificaran mujeres preñadas; sin embargo, una lámina del *Códice Laud* (figura 12.4) nos hace pensar que pudo ser posible. Entre los personajes presentes de la imagen reconocemos al dios de la muerte, Mictlantecuhtli, que apunta hacia una mujer embarazada desnuda, pintada de color amarillo, al igual que las tablas sobre las que se encuentra. Un ave con rayas amarillas en descenso vertical pone su pico sobre los labios de la mujer. Atrás de ella hay una piedra de sacrificio (*techcatl*). El contacto entre el pico del ave y los labios de la mujer significa que, como mujer preñada muerta en el embarazo, en el parto o en sacrificio, tendría el destino *post mortem* de los guerreros muertos en combate o sacrificados. La piedra de sacrificios podría significar que su muerte en el embarazo o el parto era sacrificial. En este caso, la piedra sería un indicio adjetival que calificaba su muerte en su lucha para conseguir un prisionero y ser madre, o bien que sería sacrificada realmente para conjurar la sequía y la infertilidad. La yuxtaposición del personaje femenino y la piedra de sacrificio parece indicar que los determinismos astrológicos que señala el *Códice Laud* en esta lámina reclamaban la inmólación de una mujer preñada.

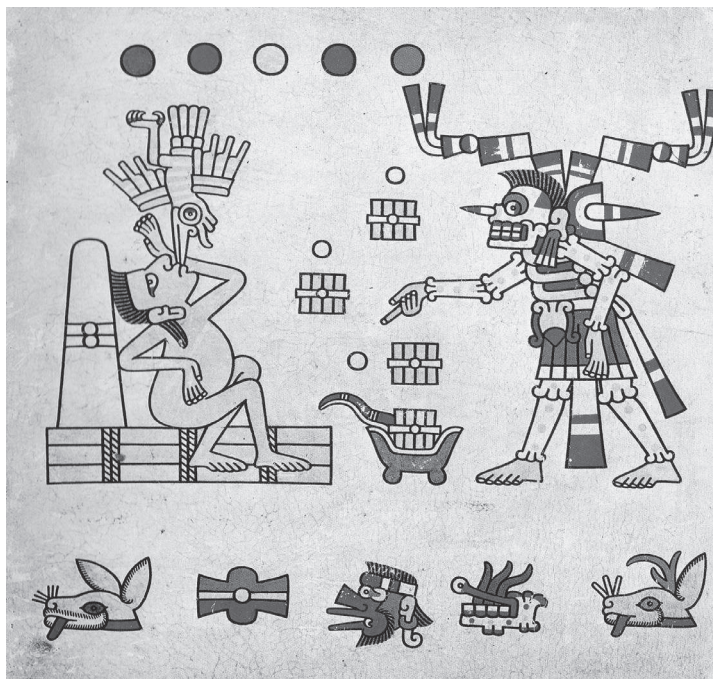


Figura 12.4. Sacrificio de mujer embarazada. *Códice Laud*, lám. 30

Individuos con señas particulares

Remolinos en el cabello, lo alto, pequeño, grueso o flaco del cuerpo, una deformidad, el color de la piel, el tipo de cabello o ciertas manchas también podían determinar la selección de la víctima para una fiesta específica. Durante los eclipses, por ejemplo, se sacrificaba a los albinos.

Es muy probable que los esclavos con rasgos físicos particulares se guardaran en algún lugar para que estuvieran a disposición de los sacerdotes cuando su sacrificio fuera necesario.

Individuos “perfectos”

Para ciertas fiestas, como la de Tóxcatl, se buscaba una persona de sexo masculino, con tez clara que no tuviera defecto físico alguno. El *Códice florentino* ofrece una larga lista de defectos físicos que la futura víctima

no debía tener para ser escogida, además de saber bailar, cantar y tocar la flauta (figura 12.5). Las cualidades de los esclavos se podían apreciar antes de comprarlos en los mercados:

En el lugar en que se vendían estos esclavos, que era a un lado del mercado, según la orden de los mercados, los amos los hacían estar bailando y cantando, para que los marchantes, acodiándose a la buena gracia de voz y baile, lo comprasen luego. De suerte que, si tenía alguna buena gracia, luego hallaba amo. Lo cual no hacían los que tenían mala gracia y eran inhábiles para ello. Y así, salían muchas veces a los mercados, sin haber quien hiciese caso de ellos; aunque algunos los compraban para servirse de ellos, ya que, para que representaran dioses, eran inhábiles.¹⁴

Enfermos

Ciertas enfermedades tenían un carácter sagrado, por lo que en múltiples ocasiones se sacrificaban enfermos. Al hablar de los edificios de culto, Torquemada evoca el templo llamado *netlatiloyan* en el que se sacrificaba a las personas enfermas de lepra: “había otro edificio, llamado *netlatiloyan*, que quiere decir, donde se esconden. Era lugar de leprosos y su dios se llamaba Nanáhuatl (buba). A éstos les sacrificaban algunos heridos de esta enfermedad; y aquí había otro dios también llamado Xuchcua, que quiere decir come brasa o come flores”.¹⁵

Delincuentes

Aunque la ejecución de los delincuentes no puede considerarse un sacrificio, en ciertas ocasiones este atributo existencial podía constituir un paradigma importante en la ficción rito-sacrificial: “reinante este signo mataban a los que estaban encarcelados por algún pecado

¹⁴ Durán, *Historia de las Indias de Nueva...*, v. I, p. 181-182.

¹⁵ Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, t. III, p. 227.



Figura 12.5. Sacrificio en la fiesta Tóxcatl.
Códice florentino, lib. II, f. 30v.

criminal digno de muerte; también mataban a los esclavos por la vida del señor porque viviese muchos años”.¹⁶

Enemigos específicos

En ciertas ceremonias, el lugar de origen de la víctima era importante (figura 12.6). En la fiesta dedicada al dios tutelar mexicana Huitzilopochtli:

todos los que habían preso en las guerras en esta fiesta habían de ser sacrificados, los cuales habían de ser de Tepeaca y de Calpan y de Tecalli y de Cuauhtlinchan y de Cuauhquechollan y de Atotonilco, y no de otra nación, porque para este dios no habían de ser las víctimas de otra nación sino de las nombradas y otras no le agradaban, ni las quería.¹⁷

¹⁶ *Códice florentino*, lib. IV, cap. 11.

¹⁷ Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, p. 32.



Figura 12.6. Cautivos. *Códice mendocino*, lám. 64r.

Desde los bebés (*coconeh*, *conetl*), hasta los *huehuetque* (viejos), pasando por los niños pequeños (*pipiltontin*), los niños “crecidos” (*chamahuauc*), los adolescentes (*piltzintli* o *telpochtli*) y los jóvenes (*tlamacazqui*), hasta los hombres maduros (*tlapaliuhqui*) y el equivalente para las mujeres, todas las edades proveían víctimas para el sacrificio.

LOS SACRIFICADORES

Los que tenían la misión de matar ritualmente a las víctimas eran sacerdotes de los templos (figura 12.7). Sus nombres variaban según la modalidad específica del sacrificio. Durán describe a los encargados del sacrificio en la fiesta de Huitzilopochtli:

Salían los sacrificadores de hombres que para este día y fiesta había diputados y constituidos en aquella dignidad. Los cuales eran seis: los cuatro, para los pies y manos, y otro, para la garganta. El otro para cortar el pecho y sacar el corazón del sacrificado, y ofrecerlo al demonio. Los nombres de los cinco eran *chachalmeca*, que en nuestra lengua quiere tanto decir como levita o ministro de cosa divina, o sagrada. Era una dignidad entre ellos muy suprema y en mucho tenida, la cual se heredaba de padres a hijos, como cosa de mayorazgo, sucediendo los hijos a los padres en aquella sangrienta dignidad endemoniada y cruel.



Figura 12.7. Sacrificados y sacrificadores. *Códice Tudela*, lám. 53

Cuatro *chachalmeca* sujetaban brazos y piernas, mientras un quinto jalaba el cuello hacia abajo. El sexto, el sacrificador principal, hundía el cuchillo en el pecho de la víctima:

El sexto ministro, que era el que tenía oficio de matar, era tenido y reverenciado como supremo sacerdote, o pontífice. El nombre del cual era diferente, conforme a la diferencia de los tiempos y las solemnidades en que sacrificaba, así como en la diferencia de sus pontificiales vestidos con que se adornaba, cuando salía a ejercitar el oficio de su suprema dignidad.

En la fiesta del ídolo de que vamos tratando el nombre de su dignidad era Topiltzin, con el cual nombre se aderezaba y vestía unas ropas aplicadas a honor de aquel gran varón, que llamamos Topiltzin, de quien hicimos memoria en el capítulo atrás. El traje y ropa era una manta colorada, a manera de dalmática, con unas flecaduras verdes por orla, una corona de ricas plumas verdes y amarillas en la cabeza, y en las orejas, unas orejeras de oro, engastadas en ellas piedras verdes, y debajo del labio, un bezote de una piedra azul.

El nombre del sacrificador principal, Topiltzin, y su vestimenta hacían de él la imagen de Quetzalcóatl. Su fisonomía contrastaba con el aspecto lúgubre de los demás sacrificadores:

Venían todos estos seis matadores embijados de negro, muy atezados; traían los cinco unas cabelleras muy enrizadas y revueltas, con unas bandadas de cuero, ceñidas a la cabeza, y en la frente traían unas rodela pequeñas de papel, pintadas de diversos colores; vestidos con unas dalmáticas blancas, labradas de negro, a las cuales llamaban *papalocuachtli*. Traían estos la misma figura del demonio que verlos salir con tan mala catadura ponía pavor y grandísimo miedo a todo el pueblo.

El aspecto tétrico de los sacrificadores era parte del espectáculo sacrificial:

El supremo sacerdote traía en la mano un gran cuchillo de pedernal, muy agudo y ancho; el otro traía una collera de palo, labrada a la figura de una culebra. Puestos ante el ídolo, hacían su humillación y poníanse en orden junto a una piedra puntiaguda, que estaba frontera de la puerta de la cámara donde estaba el ídolo, tan alta que daba a la cintura, y tan puntiaguda,

que, echado de espaldas encima de ella el que había de ser sacrificado, se doblaba de tal suerte que, en dejando caer el cuchillo encima del pecho, con mucha facilidad se abría un hombre por medio, como una granada.

Los sacerdotes sacrificadores se desplazaban de manera solemne y teatral de la estatua de Huitzilopochtli a la piedra de sacrificios. Con este ir y venir, con las muecas y las miradas, expresaban los lazos que vinculaban la oblación humana con el dios:

Puestos en orden estos carniceros, con la figura de cuyo oficio ejercitaban, que era el demonio; con aquel aspecto espantoso, echado un cerco blanco alrededor de la boca, que parecía, sobre lo negro, figura infernal, sacaban todos los que habían preso en las guerras que en esta fiesta habían de ser sacrificados [...]. Y muy acompañados de gente de guardia, como en el capítulo pasado queda dicho, subíamos en aquellas largas gradas, al pie de la palizada de calaveras, todos en ringlera, desnudos en cueros.

La llegada de los cautivos por sacrificar y su disposición eran sumamente teatrales (figura 12.8). Es probable que el hecho de mostrar el ídolo a los que iban a morir tenía como fin que los cautivos llevara en sí su imagen, mediante una mirada que interiorizaba al dios:

Descendía una dignidad del templo constituida en aquel oficio, y bajando en brazos un ídolo pequeño, lo mostraba a los que habían de morir. Y acabado de andar la ringlera, se bajaba, yéndose tras él todos, y subía al lugar donde estaban apercebidos los ministros satánicos, y tomándolo uno a uno, uno de un pie, y otro de otro, y uno de una mano y otro de otra, lo echaban de espaldas encima de aquella piedra puntiaguda, donde al cuitado le asía el quinto ministro y le echaba la collera a la garganta, y el sumo sacerdote le abría el pecho y, con una presteza extraña, le sacaba el corazón, arrancándoselo con las manos y así vahando se lo mostraba al sol alzándoles con la mano, ofreciéndole aquel vaho, y luego se volvía al ídolo y arrojándoselo al rostro.

A la presteza del acto de abrir el pecho y extraer el corazón sucedían la solemne y dilatada elevación del corazón hacia el astro-rey, y el impetuoso gesto de estamparlo en el rostro del ídolo: “acabado de sacarle el corazón, dejábanlo caer por las gradas del templo abajo, porque



Figura 12.8. Los sacrificadores y el sacrificado. *Códice Durán*, t. I, lám. 7

estaba la piedra puesta tan junto a las gradas que no había dos pies de espacio entre la piedra y el primer escalón”.

El cuerpo sin vida resbalaba por las gradas empinadas de la pirámide hasta el pie de la escalera (*apetlac*) donde lo recuperaba su dueño:

Y a esta misma forma sacrificaban todos los presos y cautivos traídos de la guerra de los pueblos dichos; todos, sin quedar ninguno, pocos o muchos. De donde, después de muertos, y echados abajo, los alcanzaban los dueños, por cuya mano habían sido presos y se los llevaban y repartían entre si y se los comían celebrando la solemnidad con ellos. Los cuales, por pocos que fuesen, siempre pasaban de cuarenta, o cincuenta, conforme a la maña que en prender y cautivar en la guerra se habían dado.¹⁸

Sahagún describió así a los sacrificadores que oficiaban en otro contexto ceremonial: “los sátrapas que los habían de matar estaban aparejados, todos vestidos de unas jaquetas y con unas mitras de plu-

¹⁸ *Ibidem*, p. 31-33.

maje, con unos papeles pegados que colgaban de ellas; tenían almagra-
das las caras, esto se decía *teotlauitl*".¹⁹

El que oficiaba en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, según Torquemada, se llamaba *chalchiuhtepehua*,²⁰ y al decir de Sahagún, *yohuallahuan*:²¹

Tenían particular cuidado de matar la hambre a la diosa, que de ocho en ocho días iban a los reyes a apercibirles y avisarles que la diosa moría de hambre. Luego los reyes proveían de mantenimientos, que era darles un preso cautivo en guerra, para que la diosa comiese. Luego se lo llevaban al templo y entregábanlo a los sacerdotes, los cuales tomaban su preso y metíanlo allá dentro en la pieza donde estaba la diosa y matábanlo, al ordinario modo, y sacándole el corazón y ofrecido, y juntamente sacándole un pedazo de un muslo y arrojándolo afuera y decían que lo oyesen todos: "Tomadlo allá, que ya es comido", fingiendo que la diosa lo decía.²²

Según afirma fray Juan de Torquemada, la dignidad de sacrificador se transmitía de padres a hijos: "y es de notar que era ésta una dignidad suprema y entre ellos muy estimada; y dicen algunos que se heredaba, como antiguamente iba por herencia el sacerdocio y sumo pontificado, siendo comúnmente los herederos de este patrimonio y suerte eclesiástica los primogénitos".²³

En la fiesta dedicada a Huixtocihuatl, la diosa de la sal, tanto los sacrificadores como los sacrificados se llamaban *huixtotin*. Los sacrificadores principales en la fiesta de Tóxcatl se conocían como *tlatlacanahualtin*. Los que mataban en aras del fuego tenían por nombre *tecuacuiltin* (figura 12.9). Los nombres variaban según la fiesta y el lugar.

El primer sacrificador y modelo ejemplar fue Quetzalcóatl-Ehécatl, que ultimó a los dioses en el mito de la creación. Otro modelo pudo ser el sacerdote "Agua-Fuego" que vimos en la lámina IV del *Códice Boturini*, en el acto de extraer el corazón de los mimixcoas (*vid. supra*, fig. 1.3, p. 31).

Después de aquellos dioses, las encarnaciones políticas del sol y la luna (el *tlahtoani*, el rey, y el *cihuacoatl*, la mujer serpiente, el segundo al mando), eran los sacrificadores supremos. En determinadas fiestas

¹⁹ *Códice florentino*, lib. IX, cap. 14.

²⁰ Torquemada, *Monarquía indiana*, t. III, p. 230.

²¹ *Códice florentino*, lib. II, apéndice II.

²² Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, p. 130.

²³ Torquemada, *Monarquía indiana*, t. III, p. 109, 110.



Figura 12.9. Sacrificadores *tecuacuiltin* y una víctima ofrendada al fuego. *Códice Durán*, t. I, lám. 21

sacrificaban a las primeras víctimas, hasta llegar a cuatro cada uno, y luego seguían otros sacrificadores:

Puestos allí ambos, el uno por una de las escaleras, el otro por la otra [...]. El rey alzaba el cuchillo y cortábale por el pecho: en abriéndole, sacaba el corazón y ofrecíasele al sol, con la mano alta, y en enfriándose, echábalo en la pileta y tomaba de la sangre con la mano y rociaba hacia el sol. De esta manera mataba cuatro arreo, y luego, por la otra parte, venía Tlacaelel, y a la misma manera mataba otros cuatro.²⁴

Como las víctimas, los sacrificadores eran representantes de los dioses (figura 12.10): “mal he hecho en vestirme las vestiduras y

²⁴ Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, p. 193.



Figura 12.10. Quetzalcóatl como sacrificador.
Códice Borgia, lám. 33

semejanzas de los dioses y mostrarme sus semejanzas, y como tal dios, tomar el cuchillo y matar y sacrificar hombres”.²⁵

Los sacrificadores, como todos los sacerdotes de los templos, tenían un aspecto portentoso, espeluznante, afín a la tarea catártica que llevaban a cabo. Evocando a los sacerdotes sacrificadores que oficiaban en el templo de Tezcatlipoca, Durán escribió:

Desde el día que entraban en este segundo lugar, lo primero que hacían era dejar crecer el cabello, como nazareos; lo segundo, embijarse de pies a cabeza con un betún negro, cabellos y todo; que, de la mucha tizne que en ellos se ponían mojada venían a criar unas plantas en ellos y a ponérseles como unas trenzas, que no parecían sino crines de caballo encrisnejadas.

²⁵ *Ibidem*, p. 315.

Los cuales con el largo tiempo les venían a dar a las corvas y era tanto el peso que traían en la cabeza que hacían grandísima penitencia con él.

Este cabello no lo cercenaban ni cortaban hasta que morían, o hasta que ya muy viejos los jubilaban y ponían en cargo de regimiento u otros oficios honrosos en la república, que ellos llaman *tlatocayotl*, que es como nosotros decimos los grandes en la corte de su Majestad. Traían estos las cabelleras trenzadas atrás con unas trenzadoras de algodón blanco tanto no más de cuanto toman seis dedos.

A estas cabelleras así tiznadas y entrenzadas llamaban *papa*. Hoy en día he visto niños crecido el cabello y tiznado con este betún, que se lo ponen las madres a imitación quizá de aquellos sus antepasados, y traen de la tizne tan enmarañado el cabello y tiznado con este betún que, si no es cortándolo, no hay remedio de desenmarañarlo.

El ordinario tizne era de humo de tea, la cual tea y humo fue muy tenido y reverenciado antiguamente y era particular ofrenda de los dioses. Con esta tizne estaban siempre embijados de los pies a la cabeza, que no parecían sino negros muy atezados, y este embijado con solo tizne de ocote era el cotidiano, porque cuando habían de ir a sacrificar, especialmente a encender inciensos a las espesuras y cumbres de los montes altos y a las cuevas oscuras y temerosas, donde tenían sus ídolos y hacían sus particulares ceremonias, para perder todo temor y cobrar gran ánimo, se embijaban con otro betún diferente, al cual llamaban *teotlacualli*, que quiere decir “comida divina”.²⁶

Así ataviados y ungidos, los sacrificadores se encontraban en la dimensión de lo sagrado:

Embijados estos sacerdotes en esta manera perdían todo temor: mataban los hombres en los sacrificios con grandísima osadía; iban de noche y solos, así embijados, a los montes, a las cuevas oscuras, a las quebradas sombrías y temerosas. Todos, sin temor de que nada les empeciese ni osase hacerles mal, llevando como amparo la comida divina, con que iban untados, menospreciando las fieras, teniendo por muy averiguado que los leones, tigres y otras fieras alimañas nocivas que en los montes se crían huirían de ellos por virtud de aquel betún de dios, o por mejor decir, del diablo. Y aunque no huyesen del betún, huirían de ver un retrato del demonio en que iban transformados.²⁷

²⁶ *Ibidem*, v. I, p. 50-51.

²⁷ *Ibidem*, p. 52.

El tlahtoani como sacrificador

En contextos rituales, el *tlahtoani* sacrificaba a muchas víctimas (*vid. supra*, figura 11.3, p. 350). Durante los últimos días de la resistencia mexicana, pocas horas antes de su capitulación, Cuauhtémoc sacrificó a varios prisioneros que le fueron traídos:

Yn oyuh conquetzque quauhtematlatl yn tianquizco, auh yehuatzin Quauhtemoctzin quimohuizilia yn malti; amo yuh quicahua yn tecahuato achcauhti tlatlacateca, necoc quitititza, quimititlapana yoma Quauhtemoctzin.²⁸

Y así dispusieron la catapulta en el mercado. Y a Cuauhtémoc le llevan los cautivos; no lo dejan así. Los que llevan a los cautivos son los capitanes de Tlacateco. De ambos lados les abren el vientre. Les abría el vientre Cuauhtémoc él mismo.

LOS SACRIFICANTES

El sacrificante es, según la definición de Hubert y Mauss, “el sujeto en quien recaen los beneficios del sacrificio o que pasa por sus efectos”.²⁹ Desde la nación como tal hasta el individuo que capturó el enemigo (*tlamani*), pasando por los más diversos gremios, colectividades o familias, el sacrificante (*tealtiani*, literalmente “el bañador”) ofrecía una víctima a los dioses y esperaba recibir a cambio los beneficios de la ofrenda.

El modelo ejemplar

Los primeros sacrificantes fueron los dioses que decidieron autosacrificarse en circunstancias diversas, pero siempre en aras del movimiento vital, de la vida. Los dioses pidieron a Nanahuatzin y Tecuhciztécatl que saltaran al fuego en Teotihuacan. Después ellos se autosacrificaron supuestamente “para no estar mezclados con los macehuales”, pero en

²⁸ *Anales de Tlatelolco*, paleo. y trad. de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004, p. 166.

²⁹ Henri Hubert y Marcel Mauss, “Essai sur la nature et la fonction du sacrifice”, *L'Année Sociologique*, año 4, 1899, p. 10.

realidad crearon el espacio-tiempo de la muerte en el que morarían. El sacrificador fue Quetzalcóatl-Ehécatl.

Quetzalcóatl fue el sacrificante, el sacrificado y el sacrificador en su propio autosacrificio, cuando se prendió fuego en Tlillan Tlapallan para renacer como estrella de la mañana.

Huitzilopochtli ordenó y se benefició del sacrificio de los mimixcoas por los aztecas durante la peregrinación. En la versión iconográfica del *Códice Boturini* (vid. *supra*, figura 8.9, p. 255) y en el texto náhuatl manuscrito del *Códice Aubin*, Huitzilopochtli, el sacrificante todavía en gestación mitológica, contenido en el *teoquimilolli*, el bulto sagrado matricial que los *teomamaque* o teóforos aztecas cargan, nació con el sacrificio de los númenes lunares Xiúhnel, Mímich y Teoxahualli, su “hermana mayor” (*ihueltiuh*), equivalente de Coyolxauhqui. En cuanto al sacrificador, ostenta un glifo antropónimo-gentilicio que hemos leído de manera ideogramática como “agua-fuego” (*atl tlachinolli*),³⁰ emblemático del destino bélico de los mexicas.

Para nacer, según la axiología prehispánica, el sacrificante tuvo que morir y volver a su estado anterior. De hecho, murió en la persona de sus sacrificados. El pueblo mexica nació como resultado de la fusión comunal entre el sacrificante y los sacrificados, de la que también surgió su gentilicio. La relación de padre e hijo entre el sacrificante y el sacrificado³¹ se explicaría por la filiación mitológica que establece este modelo ejemplar, en el que el sacrificante se “co(n)-funde” con el sacrificado.

Altépetl, *el Estado*

Conforme lo que dispusieron los dioses al autosacrificarse en Teotihuacan, la vida continuaría siempre y cuando las autoridades sacerdotales de una colectividad siguieran el modelo ejemplar que había generado el movimiento espacio-temporal (*ollin*). La penitencia y el merecimiento (*macehua*), que consistían en autosacrificios, sacrificios humanos y de

³⁰ Patrick Johansson K., “La imagen de Aztlán en el *Códice Boturini*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 51, 2016, p. 110-172.

³¹ Michel Graulich, *Le sacrifice humain chez les aztèques*, París, Fayard, 2005, p. 149.

animales, alimentaban energéticamente el curso del tiempo. El sacrificante, en este caso, era el mando supremo que debía mantener el orden establecido no sólo en el ámbito político o económico, sino también en el cósmico. Asimismo, sufragaba los gastos y proveía la infraestructura festiva para que la nación siguiera existiendo (figura 12.11).

El calpulli

La nación se dividía en barrios o *calpulli*, originalmente cuatro, que eran una verdadera hipóstasis del gobierno central, tanto en lo político como en lo religioso. El *calpulli*, como su nombre lo indica, era ante todo el templo³² del barrio, donde se reproducía lo que ocurría en el Templo Mayor o en uno de los templos del recinto sagrado. Ciertas fiestas, sin embargo, sólo se hacían en el templo del barrio porque concernían a un gremio particular asentado en el lugar. El *calpulli* fungía también como sacrificante.

Tlamani, los guerreros captadores

En un ámbito axiológico prehispánico relacionado con la guerra, la valentía y los rangos militares no se medían por las pérdidas infligidas al enemigo, sino por la captura de sus guerreros (*yaotl*), que serían ofrecidos en sacrificio al dios tutelar de la urbe vencedora. La promoción dependía del número de enemigos capturados, los *cuachic* y los “otomías”. Los rangos óptimos de la valentía eran determinados por cinco prisioneros o más.

La captura representaba una asimilación filial del enemigo al grupo de los captadores. Más tarde, cuando el captador (*tlamani*) ofreciera su cautivo a la deidad, éste se convertiría en su “hijo”. Como lo expresamos, su transustanciación y su muerte simbólica en la persona de su “hijo bien amado” se consumaban mediante vigiliyas y ayunos compartidos, pero sobre todo por medio de la danza ritual que el sacrificante hacía con su víctima y por las lágrimas que vertía.

³² *Calpulli*, “casa grande” o “templo”.



Figura 12.11. El Estado.

Códice matritense de la Real Academia de la Historia, f. 54r.

Tlaamique, *los cazadores*

La relación de los cazadores con los guerreros tiene un origen mitológico, que de hecho fundamentó la nación mexicana con el sacrificio de los mimixcoas lunares. Como veremos más adelante, los cazadores (*tlaamique*) ofrendaban principalmente animales, pero en la fiesta de su dios Mixcóatl inmolaban también a seres humanos. El sacrificio por flechamiento era la modalidad propia de su ofrenda.

Tlatlamani, *los pescadores*

Los pescadores que usaban redes (*tlatlamani*), también llamados *atlacah* (gente del agua) o *michuaque* (poseedores de peces o pescados), de alguna manera también eran cazadores. Ofrendaban al dios Opochtli y a Chalchiutlicue, la diosa de las aguas.

Los gremios

Los distintos gremios profesionales ofrendaban víctimas cuando se celebraba la fiesta de su divinidad patrona. Los oficiales de arte plumaria (*amanteca*) sacrificaban a Cóyotl Ináhual; los lapidarios (*tlatecque*), a Mácuil Xóchitl. Los orfebres (*teocuitlapitzque*) sacrificaban a Xipe Tótec, el dios del desollamiento; los tlachiqueros (*tlachicque*), a Tezcatzoncatl, Mayahuel o a los 400 conejos; las parteras (*ticitl*), a Toci (nuestra abuela), la patrona de las médicas y el temazcal; las hilanderas (*tzauhque*), a Tlazoltéotl, etcétera. Entre estos gremios, el más importante era el de los *pochtecah*, comerciantes en pleno auge, cuyo poder económico había permeado los estratos políticos y religiosos de la sociedad mexicana a principios del siglo XVI. El *calpulli* de Pochtlán era su barrio en la urbe mexicana, de ahí su nombre. Su dios principal era Yacatecuhtli, un avatar de Quetzalcóatl al que honraban con fiestas y sacrificios. Como en sus expediciones atravesaban territorios enemigos y tenían que combatir, también eran guerreros. Sin embargo, los caracterizaba su riqueza, que contrastaba con los paradigmas axiológicos de la sociedad mexicana en la que debía imperar la humildad.

Los individuos

Una vez que el poder económico de la Triple Alianza (México- Texcoco-Tlacopan) se asentó, no era raro ver una ceremonia sacrificial importante “patrocinada” por un comerciante, a título personal. En estos casos, el lugar que el rey hubiese ocupado en otra instancia de sacrificio era tomado por el sacrificante en el *calpulli*. En la fiesta Panquetzaliztli, dedicada a Huitzilopochtli, el jerarca *pochteca* dirigía la ceremonia, guiando a los cautivos hacia la plataforma del templo:

El señor de ellos iba guiándolos y todos estos subían al *cu* con báculos compuestos con plumas ricas, y si el señor del banquete o de la fiesta tenía mujer, subía también junto con su marido, delante de los esclavos al *cu*, y llevaban sendos báculos compuestos con plumas y quetzales; y si éste que hacía la fiesta no tenía mujer, si tenía algún tío, el tío subía con él y llevaban los báculos como está dicho; y si no tenía ni tío, ni padre, si tenía hijo



él subía, de suerte que uno de sus parientes más cercanos subía con él; iban con sus báculos en, las manos, y subiendo resollaban las manos y ponían el resuello en las cabezas con las manos; esto iban haciendo subiendo al *cu* de Huitzilopochtli.³³

De acuerdo con las normas de merecimiento que regían el destino escatológico de los indígenas, sólo los guerreros que morían en el campo de batalla y en sacrificio podían alcanzar la felicidad *post mortem* de la gloria celestial y evitar el Mictlan. Los reyes y nobles que no morían así eran excluidos de este destino. Que el sacrificante muriera en la persona de la víctima que ofrendaba es relevante porque probablemente era una manera de alcanzar esa gloria.³⁴

CONCLUSIÓN

En las comunidades indígenas se establecía una estrecha relación entre sacrificados, sacrificadores y sacrificantes. Esta triangulación sacrificial de alguna manera daba energía a un movimiento vital que tendía a la entropía. Sin embargo, la muerte simbólica del sacrificante en la persona de su sacrificado, con quien se tendía una filiación como de padre a hijo, caracterizaba esta relación.

³³ *Códice florentino*, lib. IX, cap. 14.

³⁴ Michel Graulich, *Le sacrifice humain chez les aztèques*, p. 147-184.